

L47-3942

HISTORIA DE ESPAÑA

ILUSTRADA,

DESDE SU FUNDACION HASTA NUESTROS DIAS,

O SEA

COLECCION DE LITOGRAFÍAS

REPRESENTANDO LOS PRINCIPALES HECHOS HISTÓRICOS DE CADA ÉPOCA,

CON TEXTO AL DORSO

POR

D. RAFAEL DEL CASTILLO.

~~~~~  
Época segunda.—La España árabe.—Tomo segundo.  
~~~~~



BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTIFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA.

CALLE DE ROBADOR, NÚMERO 24 Y 26.

1874.

Entrega 43.

Véase el anuncio del dorso.

L47
3942

HISTORIA DE ESPAÑA

ILUSTRADA.

DESDE SU FUNDACION HASTA NUESTROS DIAS,

COLECCION DE LITOGRAFIAS

REPRESENTANDO LOS PRINCIPALES HECHOS HISTORICOS DE CADA EPOCA

CON TEXTO AL DORSO

D. RAFAEL DEL CASTILLO

Época segunda.—La España árabe.—Tomo segundo.



BARCELONA:

IMPRESA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTIFICA

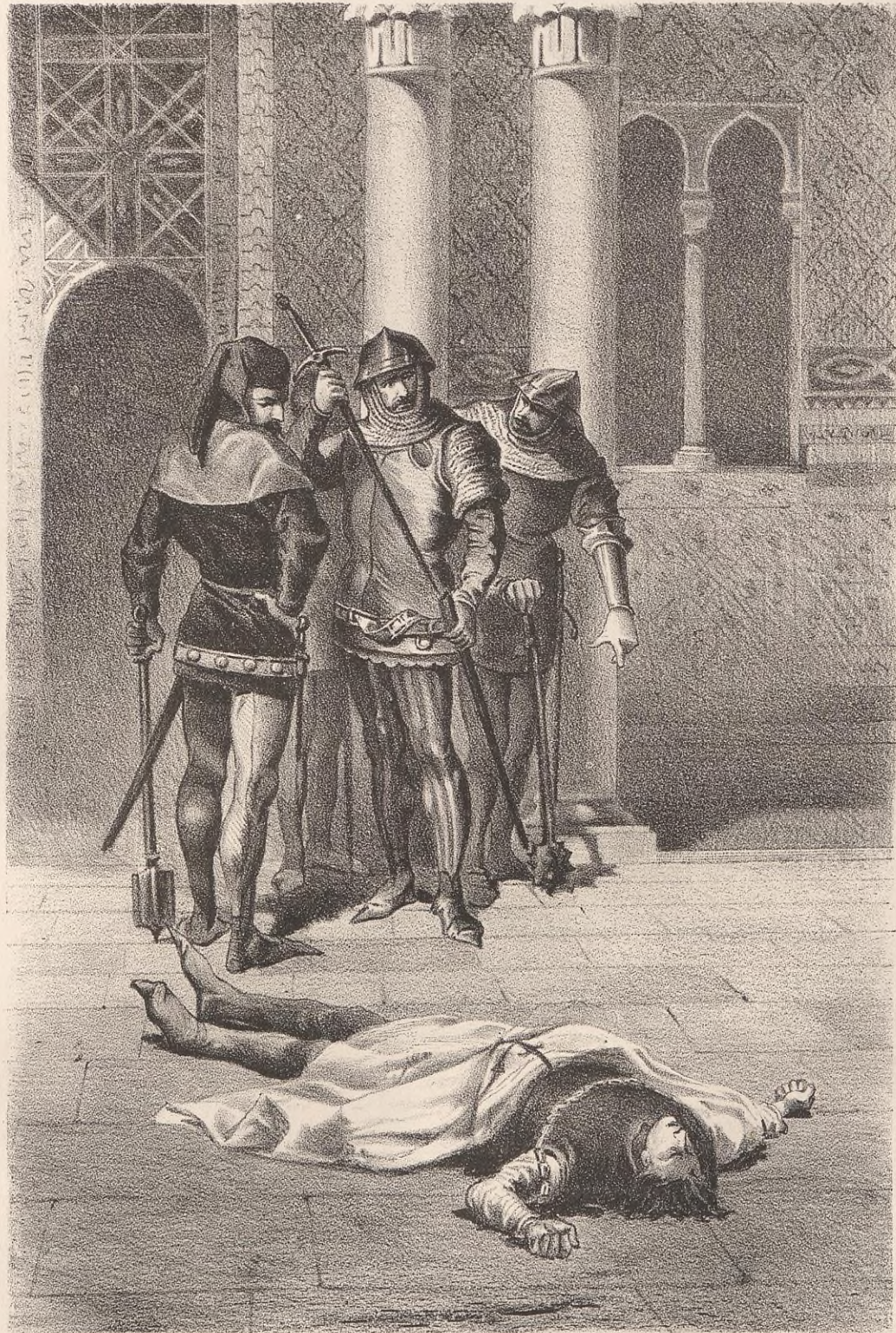
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA

CALLE DE BOBADO, NUMERO 7 Y 8

1874

Entrega 43.

Véase el anuncio del dorso.



SENKA LIT.

LIT. VITAL GUARDIA

MUERTE DEL MAESTRE DE SANTIAGO

CAPITULO CVI.

Nuevos suplicios ordenados por el rey D. Pedro. — Origen de la guerra con Aragon. — D. Enrique de Trastamara y varios caballeros se unen á los aragoneses. — Horrible muerte del maestre de Santiago. — Muerte alevosa del infante D. Juan, en Bilbao.

HORRIBLES fueron las venganzas tomadas por el rey D. Pedro en los caballeros que contra él se habian rebelado, despues que como hemos visto, consiguió entrar en Toro.

Ni el seguro que él mismo les habia dado, ni la intervencion de su propia madre, pudieron servir de escudo contra sus feroces instintos.

La reina D.^a María, accediendo á los ruegos de algunos caballeros, iba á salir del alcázar, apoyándose en el brazo de dos de estos, acompañada de D.^a Juana, la esposa de D. Enrique de Trastamara, cuando los terribles sayones de D. Pedro, arrojándose sobre ellos, salpicaron con su sangre el traje y el rostro de aquellas damas, que horrorizadas cayeron al suelo sin sentido.

Cuando volvieron en sí, la reina D.^a María comenzó á maldecir al hijo que llevara en su seno, pidiendo que á ella le diesen la muerte tambien.

El Rey la hizo conducir á su palacio, desde donde, segun pidió ella misma, condujéronla á Portugal al lado de su padre, falleciendo en aquel reino en el año de 1357, sospechándose por algunos historiadores que murió envenenada por su mismo padre.

Noticiosos de lo ocurrido en Toro, refugiáronse en Aragon los que en Cuenca se alzaron contra el Monarca, llevándose consigo á don Sancho, hermano bastardo del rey; D. Tello permaneció en su señorío y D. Enrique de Trastamara marchóse á Francia, donde tambien le habian ya precedido y le siguieron despues, gran número de caballeros.

Merced á estas terribles ejecuciones, quedóse algun tanto tranquilo el reino, mas como esto no se avenia con el belicoso genio del Monarca, bien pronto y por un pretexto hasta cierto punto no muy importante, precipitóse en una guerra con Aragon que puso en grave riesgo su trono y en gran peligro tambien su propia existencia.

A consecuencia de haber apresado Francés de Perellós, que mandaba unas galeras catalanas que iban á auxiliar al rey de Francia en la guerra que sostenia con los ingleses, dos buques placentinos cerca de Sevilla, ofendióse D. Pedro; reclamó al rey de Aragon, agriáronse las contestaciones y el rompimiento se hizo inminente.

Comenzóse encarnizadamente la guerra entre ambos reinos reclamando el aragonés el auxilio del rey de Navarra, y mandando llamar á D. Enrique, que se hallaba en Francia sirviendo con una hueste de castellanos á sueldo de aquel Monarca, para que viniese en su ayuda.

Hízolo así el conde de Trastamara, pactando con el rey de Aragon que se haria su vasallo y le defenderia contra el rey de Castilla, recibiendo en cambio todos los Estados que en Aragon habian tenido los infantes D. Fernando y D. Juan y su madre D.^a Leonor.

Ayudaban al castellano, el maestre de Santiago, D. Tello y don Fernando de Castro, hermano y cuñado de D. Enrique, y los infantes de Aragon D. Fernando y D. Juan.

Dos caballeros castellanos que seguian las banderas del rey don Pedro, D. Juan de la Cerda y D. Alvar Perez de Guzman, casados con las hijas de aquel D. Alfonso Fernandez Coronel, ajusticiado en Aguilar, ofendidos porque D. Pedro habia requerido de amores á la esposa de D. Alvar, D.^a Aldonza Coronel, separáronse de su campo, el ofendido esposo, para irse con el rey de Aragon, y su cuñado, á su villa de Gibráleon á levantar en contra del Monarca las comarcas andaluzas.

El rey de Castilla ganó algunas plazas al aragonés, cuando por mediacion del legado pontificio que venia haciendo colosales esfuerzos para evitar la prosecucion de aquella guerra, ajustóse en 1357 una tregua por un año.

Aprovechóse de este espacio el castellano para vengar los antiguos agravios, tanto de sus hermanos bastardos, cuanto de los caballeros que les ayudaron en las pasadas revoluciones, y á pesar de que muchos de ellos le ayudaban en aquella empresa, decidió realizar sus vengativos propósitos.

Indudablemente, segun creen algunos historiadores cuya opinion seguimos nosotros, debió contribuir para esto la noticia que tuvo de que el monarca aragonés andaba en tratos con los infantes D. Juan y D. Fernando, y con el maestre de Santiago y D. Tello, para que se pasasen á su bando.

Consiguiólo de D. Fernando, y mas tarde, Pedro Carrillo, que estaba al servicio del conde de Trastamara, pidió venia á D. Pedro de Castilla para ponerse á su servicio apartándose del de aquel.

Concediósele el Rey, pero su venida solo fue para salvar á D.^a Juana de Castro, esposa de su señor, que como sabemos estaba presa en poder de D. Pedro.

Fácil es de comprender como aumentaria con esto la cólera del Monarca.

Este regresó á Sevilla, ordenando en el camino el castigo de don Juan de la Cerda, á cuya esposa, D.^a María Coronel, engañó con una mentida carta de indulto.

Tanto esta dama como su hermana, tuvieron la triste suerte de excitar la sensualidad del Monarca, y aun cuando D.^a María pudo salvarse de la terrible prueba, desfigurando horrorosamente su ros-

tro y su seno, su hermana D.^a Aldonza, menos firme en la virtud, cedió, yéndose á aposentar en la Torre de Oro en Sevilla, haciendo vacilar durante algun tiempo el poder de D.^a María de Padilla.

No hacian olvidar los nuevos amores al rey de Castilla sus vengativos proyectos, siendo la primera víctima de ellos su hermano D. Fadrique, maestre de Santiago.

Por un refinamiento de maldad apenas concebible, si no lo viéramos corroborado en todas las historias, obligó al infante D. Juan á que fuera el matador de su primo y despues de D. Tello, mediante la oferta que le hizo de darle el señorío de Vizcaya, que este poseia.

Llegó D. Fadrique á Sevilla y su hermano le recibió afablemente, encargándole que fué á reposar.

D.^a María de Padilla, que estaba presente en aquel momento, procuró con sus ojos darle á entender el peligro que corria, pero ó el maestre no lo advirtió, ó no pudo creer que quien tan lealmente acababa de servir al Rey pudiera obtener un premio semejante.

Mandó llamar poco despues el Monarca á D. Fadrique y apenas hubo llegado al alcázar, gritó el Monarca:

Pero Lope de Padilla, prended al maestre, y volviéndose á aquellos terribles ballesteros de maza, sanguinarios ejecutores de sus crueldades, gritóles: — *Ballesteros, matad al maestre de Santiago*.

Vacilaron un momento los ballesteros, pero al repetírseles la orden apellidándoles traidores, no tuvieron otro remedio que obedecer.

En vano fue que D. Fadrique abandonara la cámara procurando ganar la salida; alcanzado en uno de los patios del alcázar, y sin poderse defender, cayeron sobre él las pesadas mazas de sus verdugos, perdiendo la vida en presencia de su mismo hermano que excitaba á los ballesteros á terminar su sanguinaria tarea.

Despues, dióse á buscar por el alcázar á los servidores que habian acompañado á D. Fadrique, alcanzando á Sancho Ruiz de Villagas, que creyó librarse de la muerte apoderándose de D.^a Beatriz, la hija del Monarca y de la Padilla.

Pero inútil empeño; obligóle el Rey á soltar su presa y con su mismo puñal le hirió, ayudándole á matarle uno de sus caballeros.

Despues regresó al sitio en que se hallaba tendido D. Fadrique, y como aun no hubiese acabado de morir, tendió su daga á uno de los mozos de su cámara para que le rematase, poniéndose á comer tranquilamente ante el cadáver del infortunado maestre.

Algunos tratando de defender ó de justificar este crimen de don Pedro, lo mismo que su conducta con la desdichada reina doña Blanca, no han vacilado en manchar la memoria de esta, suponiendo criminales relaciones entre ambos durante el viaje desde París á Valladolid, cuando D.^a Blanca venia para casarse con don Pedro, pero ya está probado que ni D. Fadrique fué á Francia, ni acompañó por lo tanto á la princesa, ni la habia conocido hasta que se celebró su matrimonio.

En virtud de la oferta que D. Pedro hiciera al infante D. Juan de Aragon, encamináronse hácia Vizcaya para darle posesion del señorío de D. Tello, al cual debia de matar.

Afortunadamente, cuando llegaron á Aguilar del Campo donde este residia, encontrábase de caza, y avisado oportunamente, pudo ponerse en salvo.

D. Pedro se apoderó de su esposa, y fue persiguiéndole sin poderle alcanzar, y como le instigase D. Juan para que le diera el señorío ofrecido, díjole que habia pensado reunir una junta general de vizcainos á fin de dar á aquel acto mayor solemnidad.

So el Arbol de Guernica se reunieron los vizcainos y una vez enterados del objeto que allí les reunia, contestaron que no admitirian por señor sino al rey de Castilla, lo que obedecia á las maquinaciones de este.

El Monarca dijo despues á D. Juan que ya habia presenciado como no lo querian por señor los vizcainos, pero que aun lo intentaria otra vez en Bilbao.

Tan luego como llegaron á esta ciudad, el Rey lo mandó á llamar, y cuando el asesino de D. Fadrique iba á penetrar en la cámara, uno de los camareros le quitó un pequeño cuchillo que solia llevar, y poco despues caia ensangrentado por los terribles golpes de las mazas que poco tiempo antes habian hecho lo mismo con el desgraciado maestre.

Pero aun no quedaba satisfecho el Monarca con esto; mandó arrojar á la plaza como tiempo atrás habia hecho con Garcilaso de la Vega, y asomándose al balcon, dijo dirigiéndose al pueblo: *Ahi teneis al que os pedia ser señor de Vizcaya*.

Por un exceso de crueldad incomprensible, mandó á D. Juan de Hinestrosa que fué á participar esta muerte á la reina D.^a Leonor y á D.^a Isabel de Lara, madre la una y esposa la otra del desgraciado D. Juan.

Efectivamente Hinestrosa, al mismo tiempo que les comunicó esta infausta nueva, las redujo á prision trasladándolas al castillo de Castrojeriz, y embargándoles los bienes.

Desde aquel punto partió el Rey otra vez á Búrgos, donde dejó una memoria no muy agradable, puesto que allí le fueron presentadas seis cabezas de otros tantos caballeros, ejecutados por su orden en Córdoba, Mora, Salamanca, Toro y Toledo.



HERNANDEZ.

EST. VIDAL OLMOS 29.

ASESINATO DE LOS HERMANOS DEL REY D. PEDRO.

Riera, Editor, Barcelona, Robador 24 y 26.

CAPITULO CVII.

Prosigue la guerra de Castilla con Aragon. — Muerte de la reina D.^a Leonor y de D.^a Juana de Lara. — Batalla de los campos de Araviana. — Inicua muerte de D. Gutierre Fernandez de Toledo. — Notable carta escrita por este al Monarca. — Tormento y muerte de Samuel Levi. — Desgraciado fin de la reina D.^a Blanca de Borbon. — Desleal conducta del rey de Castilla con el rey Bermejo de Granada.

Como acabamos de ver por el capítulo anterior, de una manera bien deplorable habia aprovechado el rey D. Pedro, el año de trece y tres, concertado con Aragon.

Todavía hubiera continuado aquella misma marcha, á no interrumpirlo la guerra que de nuevo volvió á estallar, pues, tanto don Enrique, irritado por la muerte de sus hermanos, como D. Fernando el de Aragon, indignado por el cruel asesinato de D. Juan, rompiendo por todo, invadieron el reino por la parte de Soria y por la de Murcia.

D. Pedro, acudiendo inmediatamente á oponer la fuerza á la fuerza, tras de algunos movimientos que ordenó por la parte de tierra, con el auxilio de algunas naves genovesas, portuguesas y granadinas, aparejó una flota, con la cual se dispuso á dirigirse á Cataluña despues de ordenar la muerte de su tia la reina D.^a Leonor y de D.^a Juana de Lara, esposa de su hermano D. Tello.

La armada castellana compuesta de cuarenta galeras, ochenta naos, tres galeotas y cuatro leños, bajo el mando del almirante de Castilla, Micer Jil Bocanegra, llevando á su bordo al rey de Castilla, dirigióse á Barcelona, en cuyo puerto acometieron á doce galeras que en él habia.

Tuvo lugar este combate en 9 de junio de 1359, y en él hicieron prodigios de valor por una y otra parte, teniéndose, como dice el erudito Lafuente «por grande afrenta para Cataluña, atendido el renombre de su poder marítimo, verse así acometida, en la playa de su misma capital, por un nuevo adversario á quien estaba léjos de creer tan poderoso en los mares.»

Desde allí, hizo rumbo la flota castellana, seguida de la aragonesa, hácia las Baleares, desde donde, sin haberse empeñado combate alguno, desarmóse cada una en su reino respectivo.

Con la noticia que recibió D. Pedro de que D.^a María de Padilla habia dado á luz un hijo que se llamó D. Alfonso, dirigióse á aquella poblacion donde supo tambien que en los campos de Araviana habiase empeñado un terrible combate, en el cual pereció el tio de la Padilla, D. Juan Fernandez de Hinestrosa con otros no menos ilustres y valientes caballeros.

El efecto de estas nuevas en el iracundo y vengativo D. Pedro, no se hizo esperar mucho tiempo.

Los dos últimos hijos de su padre D. Alfonso y de D.^a Leonor de Guzman, sus hermanos bastardos, á quienes tenia presos en Carmona y de los que hasta este momento no hablan las crónicas, tal vez por su corta edad que les impidiera desempeñar papel alguno en aquellos sangrientos dramas, fueron degollados por su orden, siguiendo á estos una horrible persecucion contra muchos de sus mas nobles caballeros, que dió por resultado el engrosarse las huestes de Aragon con los que de Castilla huian á cada momento para librarse de las crueldades de su Rey.

Reunió D. Pedro en 1360 y despues de la entrega de Tarazona á los aragoneses por Gonzalo Gonzalez de Lucio, descontento con el castellano, una numerosa hueste y llegando hasta Santo Domingo de la Calzada, recibió la visita de un sacerdote, que le dijo le enviaba Santo Domingo, para que le anunciase, que si no se guardaba, seria muerto por su hermano.

Algo supersticioso el Monarca, impresionóse en los primeros momentos, mas repuesto inmediatamente, mandó quemar en su presencia al sacerdote, y al dia siguiente, empeñada la batalla en las cercanías de Nájera, quedó derrotado completamente D. Enrique de Trastámara, pudiendo á duras penas salvar la vida.

Los dias que siguieron á este triunfo del rey D. Pedro, los empleó, cual empleaba siempre semejantes momentos de calma, en cometer nuevas muertes, siendo entre ellas la mas injustificada, la de su repostero mayor D. Gutierre Fernandez de Toledo, uno de sus mas antiguos y leales servidores.

Mandóle llamar á Alfaro, pues de su orden se hallaba en Navarra, encargando á los oficiales que habian de recibirle, que le dieran muerte inmediatamente.

Sin duda estos le dieron algun tiempo, puesto que pudo enviar al Rey la siguiente carta, notable por mas de un concepto.

«Señor: Yo Gutierre Fernandez de Toledo, beso vuestras manos, «é me despido de la vuestra merced, é vo para otro señor mayor «que non vos. E, Señor, bien sabe la vuestra merced, como mi «madre, é mis hermanos, é yo, fuimos siempre desde el dia que «vos nacistes en la vuestra crianza, é pasamos muchos males, é sufrimos muchos miedos por vuestro servicio en el tiempo que doña «Leonor de Guzman avia poder en el Regno. Señor, yo siempre «vos serví; empero creo que por vos decir algunas cosas que complian á vuestro servicio me mandastes matar: en lo cual, Señor, «yo tengo que lo fecistes por cumplir vuestra voluntad: lo cual «Dios vos lo perdone; mas yo nunca vos lo merecí. E agora, Señor, dígoos tanto al punto de la mi muerte (porque este será el «mi postrimero consejo), que si vos non alzades el cuchillo, é non «escusades de facer tales muertes como esta, que vos habedes perdido «vuestro Regno, é tenedes vuestra persona en peligro. E pidovos por «merced que vos guardedes; ca lealmente fablo con vosco, ca en «tal hora estó, que non debo decir sinon verdad.»

A otro que no hubiera sido D. Pedro, causárale profunda impresion aquella carta escrita en el umbral de la muerte; pero el rey de

Castilla incomodóse porque se la habian dejado escribir, diciendo, para justificar su muerte, que se entendia secretamente con los aragoneses.

A este acto siguiéronse varias prisiones y destierros, y finalmente el suplicio de su tesorero é íntimo consejero Samuel Levi, con el objeto de apoderarse de sus tesoros, consistentes, por lo que se halló en Toledo, en ciento sesenta mil doblas de oro, cuatro mil marcos de plata, ciento veinte y cinco arcas de paños de oro y ochenta moros y moras.

En enero de 1361 púsose el castellano sobre Almazan, penetrando atrevidamente en el territorio aragonés.

Pero allí estaba el cardenal de Bolonia, que consiguió por fin que se ajustase la paz entre ambos reinos, bajo las condiciones de que el aragonés haria salir de sus Estados á D. Enrique, sus hermanos y los castellanos que le seguian, y D. Pedro de Castilla le devolveria los lugares y castillos que le habia tomado.

Una vez de vuelta el castellano, en Sevilla, fue el blanco de sus crueldades su infortunada esposa la reina D.^a Blanca, presa en Medina Sidonia, segun ya hemos dicho, ordenando á Inigo Ortiz de Zúñiga que le diera muerte.

El valiente guardador de la desdichada princesa, tuvo firmeza para oponerse á cumplir aquel mandato, pero el ballestero de maza Juan Perez de Rebolledo, menos escrupuloso, la quitó la vida, siguiéndola poco despues, D.^a Isabel de Lara, la viuda de aquel infante D. Juan, asesinado en Bilbao.

Poco despues, en julio de 1361, falleció de muerte natural D.^a María de Padilla, causando profundo dolor en el ánimo del Monarca, quien ordenó que se hiciese luto en todo el reino.

Fácilmente se comprende que debió ser tan discreta y bondadosa como la califican los cronistas coetáneos, cuando á pesar de haber sido origen de tantos disgustos, no era aborrecida por los pueblos (1).

Una de las razones, tal vez la mas poderosa, que tuvo el rey don Pedro para ajustar la paz con Aragon, fue la necesidad en que estaba de prestar auxilios al rey de Granada Mohammed V, á quien acababa de usurpar el trono su hermano Ismael, que fue sacrificado al poco tiempo por Abu Said, conocido en nuestras crónicas bajo el nombre del rey Bermejo.

D. Pedro acudió al socorro de Mohammed, aun cuando en vista de los desmanes cometidos por las tropas castellanas, rogóles el destronado emir que se retirasen, prefiriendo el honrado musulman permanecer en aquella humilde condicion, á causar tamaños males á sus pueblos.

En una de las algaras hechas por el rey Bermejo, consiguió derrotar á un cuerpo de caballeros cristianos, haciendo prisionero un buen número de ellos, que puso despues en libertad sin rescate alguno, enviándoles con ricos presentes á D. Pedro.

A este mismo pidióle amparo y proteccion cuando vió que el partido del legítimo soberano Mohammed ganaba terreno, y para poder concertarse mejor, fuése á Sevilla con gran séquito de caballeros musulmanes, y llevando cuantiosas riquezas.

Fuera para apoderarse de estas, fuera para vengar antiguos agravios, el rey de Castilla determinó su muerte ejecutándola de una manera tan inicua en el campo de Tablada, que no ha podido menos de ser enérgicamente censurada por todos los historiadores.

Con esta muerte quedó facilitado el camino al legítimo soberano Mohammed, quien se apresuró á recobrar su trono.

Despues de este acontecimiento, congregó el rey D. Pedro cortes en Sevilla, en las cuales declaró que D.^a Blanca de Borbon no habia sido su legítima esposa, por cuanto habia contraído matrimonio anteriormente con D.^a María de Padilla, y que en su consecuencia debian de reconocerse los hijos habidos en esta, como legítimos herederos y sucesores del reino.

Aquellas cortes, excesivamente débiles, accedieron á ello, y la ley de sucesion quedó arreglada á gusto del Monarca.

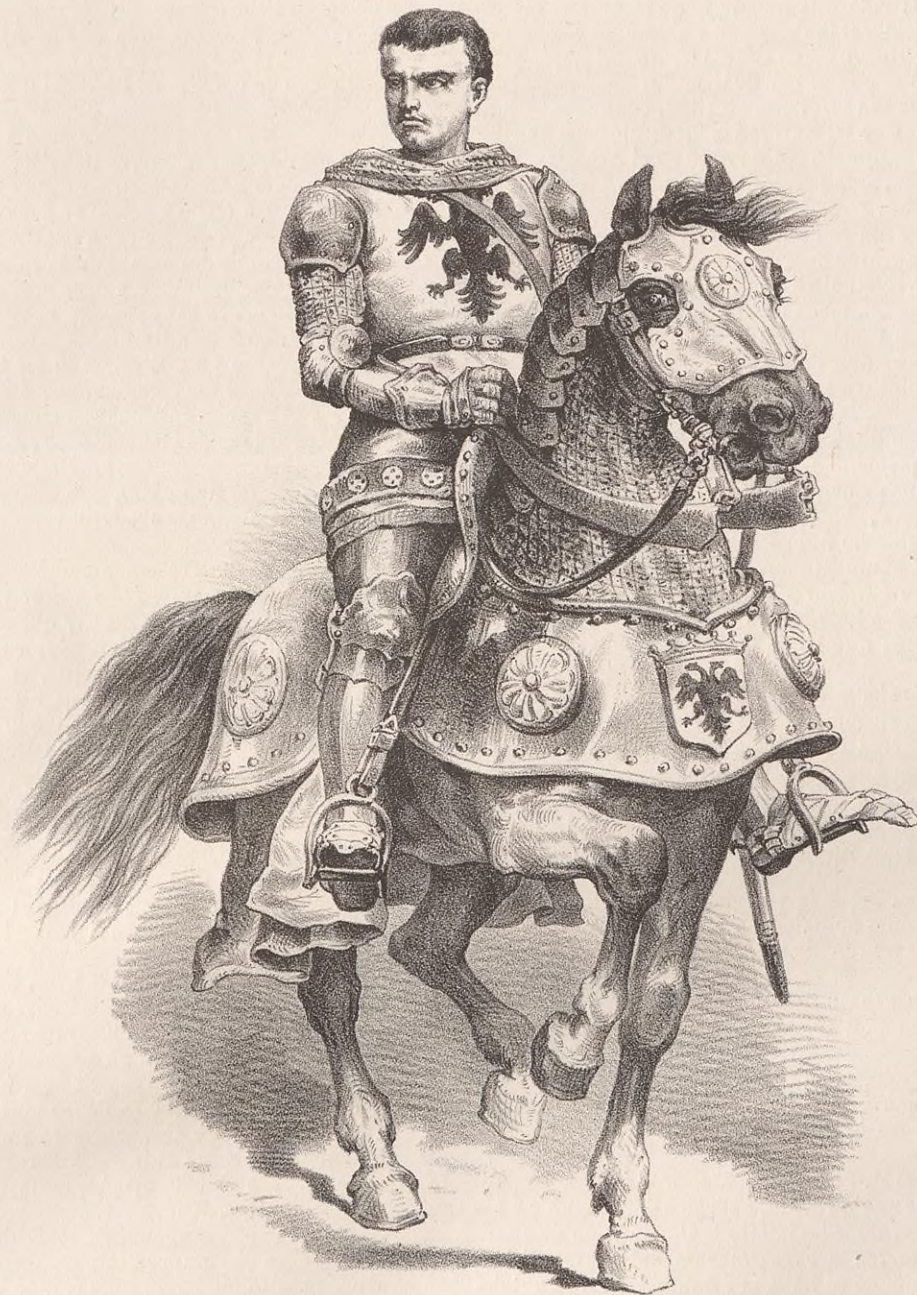
Una vez que habia desaparecido la causa que motivara el tratado de paz con Aragon, pensó nuevamente D. Pedro en proseguir aquella guerra, para lo cual se alió con el rey de Navarra, y entrando inopinadamente por el territorio aragonés, consiguió apoderarse de Calatayud en 29 de agosto de 1362.

El rey de Aragon envió á buscar al conde de Trastámara y á sus amigos que se hallaban en Francia, y la guerra amenazó tomar un carácter mucho mas formidable.

Pero con gran sorpresa, el rey D. Pedro regresó desde Calatayud á Sevilla, falleciendo al poco tiempo su hijo D. Alfonso, otorgando el Rey testamento un mes despues de este accidente, ó sea en 18 de noviembre de 1362, por el cual instituia por herederas del trono, siguiendo el orden de primogenitura, á sus tres hijas D.^a Beatriz, D.^a Constanza y D.^a Isabel.

Formal empeño contrajo en esto, toda vez que mas tarde le vemos celebrar cortes en Buvierca con el único objeto de dejar mas asegurada aquella sucesion, cual si presagiara todos los azares que para el porvenir le estaban reservados.

(1) Enterráronla en el monasterio de Astudillo, desde donde fue trasladada por orden del Rey, á la capilla real de Sevilla; dejó tres hijas y un hijo que fueron D.^a Beatriz, D.^a Constanza, D.^a Isabel y D. Alfonso.



SEMPA. LIT.

Lit. West Olmo 28

BELTRAN DUGLESCLIN.

CAPITULO CVIII.

Continúa la guerra con Aragon.—Las compañías blancas de Francia.—Beltran Duguesclin.—D. Enrique, conde de Trastámara, es aclamado por rey, en Calahorra.—Su coronación en Burgos.—Huye el rey D. Pedro de Sevilla y posteriormente se embarca para Bayona.—Su alianza con el Príncipe Negro de Inglaterra y el rey Carlos, el Malo, de Navarra.

CORTAS eran las interrupciones que sufría la guerra de Aragon.

El rey de Castilla atrevido, enérgico y valiente, se aprovechaba con destreza del mal estado en que el aragonés se encontraba, y muchas plazas de aquel reino se habían visto precisadas á admitir guarniciones castellanas.

El aragonés comprendiendo que en Francia podría tener un buen auxiliar contra D. Pedro, toda vez que la muerte de D.^a Blanca había excitado grande y general indignación, ajustó un tratado de alianza, al cual se siguió otro con el rey Carlos de Navarra, que prestaba de mala voluntad su ayuda al rey de Castilla.

Por entonces también, ó sea en el año de 1363, comienza á sonar por primera vez la idea de que D. Enrique ocupase el trono de Castilla, puesto que en un documento conservado en el Archivo general de la corona de Aragon, está consignado de puño y letra por el rey D. Pedro IV de Aragon, la ayuda que se compromete á dar á D. Enrique para conquistar el reino de Castilla, y en el mismo documento, de letra de D. Enrique de Trastámara, la confirmación y promesa de cumplir lo ofrecido al rey de Aragon.

En este reino ocurrieron también rivalidades y disidencias, según dejamos espuesto ya, que ocasionaron la muerte del infante don Fernando, hermano del rey don Pedro IV, así como también algo después, la del antiguo ministro y fiel consejero del aragonés, don Bernardo de Cabrera.

Con varia suerte prosiguió la guerra en los dos reinos, durante los años de 1364 y 65, principiando el verdadero interés de todo este terrible drama, en los principios del año 66.

El conde de Trastámara, buscando auxiliares para hacer la guerra á su hermano, había de nuevo recurrido á Francia.

A la sazón, hallábase aquel Monarca sumamente preocupado acerca de los medios que emplearía para librarse de la terrible plaga que gravitaba sobre sus Estados, formada por la muchedumbre de soldados aventureros que había tenido á sueldo durante la guerra con los ingleses.

Beltran Duguesclin, el caballero más valiente de su tiempo, que había menospreciado toda su cultura intelectual para ser un gran guerrero, ofreció al Monarca librarle de aquella gente, á cuyo efecto dirigióse al punto en que se hallaban las *grandes compañías* cuya fuerza total se elevaba á la cifra de treinta mil hombres, y les propuso que le siguieran á España bajo el pretexto de libertarla del yugo de los infieles, pero verdaderamente como auxiliares del de Trastámara.

Aquella gente bulliciosa, inquieta y ansiosa solamente de sangre y de botín, aceptó, y después de haber obtenido del pontífice, que residía por entonces en Avignon, la cantidad de cien mil florines, penetró en España.

Capitaneándola venían gran número de caballeros, flor de la nobleza francesa que acudían á vengar la muerte de la reina doña Blanca.

Con tan formidable hueste, penetró D. Enrique en Calahorra y en este punto fue donde por primera vez se le proclamó como rey de Castilla, gritando por las calles de la población, *real, real por el rey D. Enrique*.

Inconcebible parece que D. Pedro, este Monarca á quien tan belicoso hemos visto, á quien tan atrevido, enérgico é indomable á pesar de sus vicios y de sus crueldades hemos tenido ocasión de admirar, en aquellos momentos, á la aproximación del ejército de su hermano, desde Burgos, donde se hallaba y donde todavía contaba con elementos para resistir, presa de un pánico incomprensible, rechazase la oferta que fueron á hacerle el señor de Albret y otros varios caballeros, unidos por los vínculos de parentesco con muchos de los capitanes que traían las compañías blancas, de que si les quería dar sueldo ó mantenimientos, era fácil que la mayor parte de aquella gente se pasara á su bando.

D. Enrique penetró en Burgos llamado por la misma ciudad, y en ella se coronó solemnemente en el monasterio de las Huelgas, como rey de Castilla y de Leon.

La precipitada huida que el rey D. Pedro iba haciendo desde Burgos, quedaba señalada por do quiera, con nuevas crueldades, que demostraban con harta elocuencia que si el valor se había debilitado algun tanto en el legítimo rey de Castilla, en nada se habían debilitado sus crueles y sanguinarios instintos.

Juan Fernandez de Tovar, hermano de Fernan Sanchez, el que había entregado la villa de Calahorra á D. Enrique, fue muerto de orden del Rey, y otras varias ejecuciones, por este estilo, iban por todas partes señalando su paso.

Entre tanto el rey D. Enrique, obrando ya como tal Monarca, otorgaba mercedes á sus servidores, cobraba contribuciones que nadie osaba disputarle, y finalmente el mismo almirante D. Gil de Bocanegra, en cuyo poder había caído el tesoro que D. Pedro confiara á su mismo tesorero Martin Yañez, para que viera de ponerle en salvo, se lo entregaba á D. Enrique tratando sin duda con esto de congraciarse con su nuevo señor.

D. Pedro se vió obligado á salir de Sevilla arrojado por los mismos sevillanos, que, bien fuera temerosos de la suerte que pudiera caberles á la llegada de D. Enrique, que se adelantaba hácia la ciu-

dad, bien por la voz que corrió de que D. Pedro había invocado el auxilio del rey de Granada y al ver que hasta el mismo rey de Portugal le abandonaba, que era precisamente en quien había tenido toda su confianza, amotináronse dirigiéndose tumultuariamente hácia el alcázar y obligando á D. Pedro á que se embarcara precipitadamente con sus hijas y algunos caballeros que le permanecieron fieles.

Trató de penetrar en la villa de Alburquerque, en Extremadura, pero le cerró sus puertas y no tuvo otro remedio que pasar por la humillación de pedir al de Portugal que le diese seguro para pasar por sus Estados, á fin de ir á buscar amparo y protección en Galicia.

Concediósele el portugués pero á condición de que le entregase la hija de D. Enrique, que llevaba en calidad de prisionera, exigencia á la cual no tuvo otro remedio que acceder, pudiendo merced á esto, llegar á Galicia donde se decidió por acudir á demandar auxilio al príncipe de Gales, á cuyo objeto se embarcó en la Coruña con dirección á Bayona, que á la sazón pertenecía á Inglaterra.

Pero antes de salir era necesario que dejase un nuevo recuerdo de su vengativa saña, siendo la víctima escogida, el arzobispo de Santiago, D. Suero Garcia.

Entre tanto á D. Enrique le recibieron muy bien los sevillanos, y la Andalucía iba sometiénndose á su obediencia.

El de Granada solicitaba su amistad, y D. Enrique deseaba hacer la paz con el rey de Portugal para cuyo objeto entró en negociaciones.

Mandó buscar D. Enrique al ejecutor de la reina D.^a Blanca, Juan Perez de Rebolledo, y lo hizo ahorcar, saliendo poco después de España algunos caballeros franceses que solo habían venido por vengar su muerte.

Viendo el de Trastámara que espontáneamente se le sometían los castellanos y queriendo evitar las violencias, licenció á todos los mercenarios extranjeros, quedándose solamente con Bertran Duguesclin y Hugo de Calverley con sus respectivos cuerpos.

Marchó á Galicia D. Enrique, en cuyo punto estaba D. Fernando de Castro, y después de sitiarse obstinadamente á Lugo donde se encerrara, hicieron el pacto de que si antes de cinco meses no había recibido aquel, auxilios de D. Pedro, le entregaría todas las fortificaciones de Galicia. Poco después noticioso del pacto que don Pedro había hecho con el príncipe de Gales y el rey de Navarra, abandonó D. Enrique la plaza regresando á Burgos, donde convocó y celebró cortes, é hizo jurar en ellas como heredero, á su hijo D. Juan; fuele otorgado el servicio de la decena ó sea el diezmo de cuanto se comprara y vendiera; premió los servicios de los que le ayudaban, y comenzó á hacer los preparativos para resistir la acometida de D. Pedro.

El príncipe de Gales, Eduardo, llamado el príncipe Negro por el color de sus armas, acogió afectuosamente á D. Pedro y llevado de su espíritu caballeresco y noble, ofrecióle ayudarle á recobrar su reino.

Túvose una reunión en Bayona entre el príncipe de Gales, don Pedro de Castilla y el rey Carlos, el Malo, de Navarra, en la cual quedó convenido, que D. Pedro daría al primero, las tierras de Vizcaya y la villa de Castrourdiales; al condestable de Guiana Juan Chandos, la ciudad de Soria, y al rey de Navarra, porque permitiera pasar por sus Estados el ejército, las provincias de Guipúzcoa y Alava, Calahorra, Alfaro y Nájera, y en resumen, todo cuanto decía que había anteriormente pertenecido á la corona de Navarra.

D. Pedro se comprometió á pagar las tropas auxiliares del príncipe, para lo cual dejó todo el dinero y alhajas que llevaba y á sus tres hijas en rehenes, y penetrando por fin las tropas en Navarra, á pesar de que este Rey también se había comprometido con don Enrique á no facilitarles el paso, fueron á encontrarse cerca de Nájera con las tropas de D. Enrique, en las cuales faltaba ya la mayor parte de aquellas temibles compañías blancas, que habían venido de Francia.

La batalla era inminente.

En la hueste de D. Enrique militaban varios de aquellos franceses de distinción, que desde el principio de la guerra le acompañaban con la flor de los caballeros de Castilla.

El príncipe de Gales envió un mensajero á D. Enrique exponiéndole cortesmente las causas que en aquella guerra le impulsaran, ofreciéndole, si desistía de su empeño, ser su mediador para con don Pedro. En este mensaje tratábase solamente como conde de Trastámara, no como rey de Castilla.

El rey de Francia aconsejó á D. Enrique que evitase la batalla, especialmente en aquellos momentos, puesto que el príncipe de Gales llevaba consigo los mejores caballeros de la cristiandad.

De igual manera opinaba Duguesclin también, pero los caballeros castellanos estaban impacientes por medir sus armas con los ingleses, y aun cuando D. Enrique comprendía que en aquel trance iba á jugar la corona y la vida, no quiso dar motivo ni pretexto ninguno á sus vasallos, para que pudieran dudar de su valor.

En su consecuencia, renunció á la ventajosa posición que ocupaba, y pasando el rio Nagerilla presentóse con arrogancia en el llano, haciendo exclamar al mismo príncipe Negro cuando vió su movimiento:

Por San Jorge, que es un valiente caballero ese bastardo.



SERRA, UT.

LIT. VIDAL, OLMO, 89.

MUERTE DEL REY D. PEDRO I DE CASTILLA.

CAPITULO CIX.

Batalla de Nájera.—El conde de Trastamara se refugia en Francia.—Nuevas crueldades del rey D. Pedro.—Falta á las promesas que hiciera al Príncipe Negro.—Vuelve D. Enrique á penetrar en España.—Juramento que hace.—Batalla de Montiel.—Proceder desleal de Duguesclin.—Muerte del rey D. Pedro I de Castilla.

EL día 13 de abril de 1367 la hueste del rey D. Pedro y la de su hermano D. Enrique, fuéron á chocar con pavoroso estrépito en los campos de Nájera.

El príncipe Negro había dicho á D. Pedro despues de armarle caballero: *Señor rey, hoy sabréis si no sois nada ó sois rey de Castilla.*

Prodigios de valor hicieron en aquella memorable batalla, una de las mas importantes del siglo XIV.

Los soldados que mandaba Duguesclin, tan rícidamente fuéron á chocar con los que mandaba el duque de Lancaster, que rotas las lanzas hubieron de pelear con las hachas y espadas.

El infante D. Tello, hermano de D. Enrique, fue el primero que huyó, ocasionándose con esto y con la captura de su otro hermano D. Sancho, la pérdida de la batalla.

D. Enrique hubo de refugiarse en Nájera y habiendo preguntado el príncipe de Gales á los suyos si el de Trastamara estaba muerto ó prisionero, al saber que no era ni lo uno ni lo otro, dice la crónica que exclamó: *pues entonces no hemos hecho nada.*

Y razon tenia en decirlo, puesto que vivo D. Enrique y con mucha y preciosa sangre vertida en esta batalla, que vengar, excitado además por su ambicion, no era posible que permaneciese inactivo mucho tiempo.

Mas por el momento el triunfo de los ingleses había sido completo.

Muchos de los principales caballeros castellanos habían muerto, y entre los prisioneros se hallaban además de D. Sancho, hermano del Rey, el famoso Beltran Duguesclin con algunos esforzados capitanes franceses, el marqués de Villena, los maestros de Calatrava y Santiago, el obispo de Badajoz, el autor de la crónica de este reinado, D. Pedro Lopez de Ayala y otros no menos ilustres y valientes caballeros de Leon, de Aragon y de Castilla.

Entonces fue cuando resaltó de una manera notable la distinta conducta seguida por el rey D. Pedro y el príncipe de Gales con los prisioneros.

El segundo, sometia á los presos á una especie de consejo de guerra constituido por doce caballeros; mientras el primero, persistiendo en su sistema de ejecuciones inmediatas, mataba por sí mismo ó condenaba á muerte, á quien mejor le parecia.

El ejército vencedor se dirigió á Búrgos, mientras D. Enrique ayudado por D. Pedro de Luna, que mas tarde ocupó la silla pontificia, consiguió llegar á las tierras del conde de Foix hasta reunirse con el duque de Anjou, hermano del rey de Francia, quien, lo mismo que el papa Urbano V, le protegió, consolándole en su desgracia.

Su hermano D. Tello y su esposa é hijos, que con los arzobispos de Toledo y Tarazona estaban en Búrgos, consiguieron tambien refugiarse en Aragon.

No era difícil predecir el desenlace que había de tener la concordia y la amistad del Príncipe Negro y el rey D. Pedro. Caracteres diametralmente opuestos; noble y generoso el uno y cruel y vengativo el otro, á pesar de haber hecho jurar el príncipe al rey de Castilla, que no mataria á ningun caballero mientras estuviera á su lado, faltó á su promesa, como ya hemos visto, apenas terminó la batalla, llegando finalmente á un rompimiento por el cual el príncipe se marchó á sus estados (1).

La marcha del príncipe de Gales fue la señal, por decirlo así, para que comenzara á moverse D. Enrique de Trastamara.

A cada momento estaban llegando á Francia nuevos caballeros castellanos que abandonaban el reino huyendo de las crueldades del Monarca, que sin cuidarse para nada del descontento general que entre sus vasallos existia, olvidándose que ya sus pueblos sabian lo que era destronar á un monarca, continuaba la misma conducta, ó si cabe, mucho peor que antes.

Libres la totalidad de los prisioneros que hiciera el príncipe de Gales, D. Enrique movióse por fin, alentado, no solamente por la marcha de aquel, sí que tambien por la rebelion declarada en que estaban muchos de los grandes señores de Castilla, y porque algunas villas habían alzado pendones por él.

A la hueste que el de Trastamara había conseguido reunir, unieronse un buen número de caballeros franceses, y como el rey de aquella nacion, lo mismo que el pontífice, le protegian, encontróse bien pronto en disposicion de verificar su entrada en España.

El rey de Aragon opúsose á facilitarle el paso por sus Estados, pero el conde de Rivagorza, D. Pedro, tío del rey, le abrió camino por las tierras de su condado, merced á lo cual, aun cuando con grandes trabajos, consiguió llegar á Calahorra, donde fue recibido con tanto entusiasmo como la primera vez, en setiembre de 1367.

Segun las crónicas, al verse D. Enrique en la ribera del Ebro, al asegurarle que ya estaba en los límites de Castilla, apeóse del caballo é incando una rodilla en tierra, trazó en el suelo una cruz con su espada y besándola dijo:

«Yo lo juro á esta significanza de cruz, que nunca en mi vida, por menester que haya, salga del regno de Castilla é antes espere en ella la muerte ó la ventura que me viniere.»

Así demostraba la resolucion que traia, de, ó perecer en la demanda, ó conseguir su objeto.

En Calahorra reuniéronse un buen número de lanzas de las que ya por él habían peleado, y con ellas se dirigió á Búrgos que le franqueó sus puertas; únicamente la judería y el castillo opusieronle alguna resistencia, pero se rindió aquella y capituló este.

Córdoba, Castilla la Vieja y Toledo, se declararon por D. Enrique, y á principios de 1368, habiendo ido á sitiar á Leon, se declaró este por él, lo mismo que habían hecho las montañas de Asturias.

Dirigióse entonces á Madrid, pasando por Tordehumos y Medina de Rioseco, y desde allí pasó á Illescas en donde estaban su mujer é hijo.

En el poco tiempo que llevaba en Castilla D. Enrique, habíanse sometido á él Asturias y Leon, las dos Castillas, Vizcaya, Guipúzcoa y Alava, con algunas otras ciudades; quedándole á D. Pedro Galicia, Andalucía y Murcia.

El rey D. Pedro llamó en su ayuda al rey de Granada, y juntos fuéron á sitiar la importante ciudad de Córdoba, sin que pudieran, despues de repetidos y terribles asaltos, penetrar en ella, viéndose precisados á levantar el cerco.

D. Enrique se hallaba detenido ante los muros de Toledo, pues si bien contaba con algunos amigos dentro de la ciudad que hubieran podido favorecerle, los partidarios de D. Pedro eran en mayor número y se defendian obstinadamente.

En 20 de noviembre de 1368 renovóse el tratado de alianza entre el rey Carlos X de Francia y D. Enrique, obligándose recíprocamente á ayudarse y defenderse contra todos los hombres del mundo.

En 1369, habiendo resuelto D. Pedro ir en socorro de los toledanos que se hallaban sufriendo mas de diez meses hacia, todos los horrores de un porfiado asedio, movió tambien D. Enrique su campo y reunido con Duguesclin, que acababa de llegar con su compañía extranjera y con los maestros de Santiago, fué á encontrar á D. Pedro que se hallaba en Montiel con un ejército casi igual al de su contrario.

Por una particularidad digna de notarse, mientras que D. Enrique conocia perfectamente todos los movimientos de su hermano, este se hallaba en tan completa ignorancia respecto á los suyos, que no pudo menos de sorprenderse al verle aparecer ante sí.

Comenzó la batalla, y como desapercibido que se hallaba D. Pedro, fue su hueste la que primero cedió, declarándose en vergonzosa fuga y obligando al Monarca á encerrarse en el castillo de Montiel á pesar de lo perfectamente que se había batido.

El maestre de Calatrava que acudia á reunirse con D. Pedro, al saber el desgraciado éxito de la batalla, retrocedió hasta Carmona donde se hallaban los hijos de D. Pedro, D. Sancho y D. Diego, habidos en una D.^a Isabel, nodriza que fué de su hijo D. Alfonso, y recogiendo á estos y los tesoros que allí tenia D. Pedro, fortificóse resuelto á sostenerse hasta el último momento.

Una vez D. Pedro en el castillo de Montiel abandonado de todos sus amigos y sin esperanza alguna, ocurriósele á Men Rodriguez de Sanabria, interesar á Duguesclin con quien le unian antiguas relaciones, en favor de D. Pedro, para cuyo efecto tuvo una entrevista con él, en la que le hizo grandes ofertas si se resolvia á salvarle.

El francés, aparentando hallarse propicio, comunicósele á D. Enrique, y de acuerdo ambos, decidieron atraer al castellano á su campamento.

Confiadamente acudió D. Pedro á pesar de su carácter generalmente suspicaz y desconfiado, acompañado solamente de Men Rodriguez, D. Fernando de Castro y D. Diego Gonzalez de Oviedo.

Al entrar en la tienda de Beltran Duguesclin, sorprendióles ya no encontrar á nadie en ella mas que á Olivier de Manny, por lo cual recelando traicion, trató el Monarca de huir.

Detúvole Olivier y en aquel momento entró en la tienda D. Enrique de Trastamara armado de todas armas, el cual dirigiéndose á su hermano le dijo:

«*Mantegavos Dios, señor hermano; á lo cual contestó D. Pedro:— ¡ Ah traidor borde (1)! ¿ aquí estais (2)?*

Entonces abalazáronse el uno al otro y luchando cayeron en tierra quedando encima el rey D. Pedro.

Entonces Beltran Duguesclin cogiendo con su hercúlea mano á D. Enrique por un pié, le volvió poniéndole encima y pronunciando aquellas célebres frases, de, *ni quito ni pongo rey, pero ayudo á mi señor.*

Con lo cual el bastardo degolló con su daga á su hermano, teniendo lugar tan sangriento drama el 23 de marzo de 1369 cuando contaba el rey D. Pedro treinta y cinco años y siete meses de edad, y diez y nueve de reinado.

(1) *Borde*, frase anticuada de bastardo.

(2) Segun refiere Froisart, al entrar D. Enrique preguntó: *¿ dónde está este judío hi de p... que se nombra rey de Castilla? A lo que el rey D. Pedro replicó: El hi de p... seréis vos, que yo soy hijo legitimo del buen rey Alfonso de Castilla.*

LA PASION DEL REDENTOR,

POR JOSÉ PALLÉS.

OBRA DEDICADA

AL EMINENTÍSIMO SEÑOR CARDENAL ARZOBISPO DE VALENCIA.

PROSPECTO.

Al ofrecer al público con la presente obra, la segunda de la seccion religioso-recreativa, que inauguramos con la del mismo autor, titulada: *Armonías entre gozos y pesares; ó escenas tiernas de la vida de san José*, creemos hacer un relevante servicio á la Religión, á las letras, á las artes, y especialmente á las familias católicas, que buscan una lectura conforme en todo con sus sentimientos, y que al par que les edifique, les instruya, les moralice y les recree, tanto por lo menos como la novela de mayor interés.

La Pasion del Redentor que hoy anunciamos, es una obra original bajo todos conceptos. Fruto de profundos y concienzudos estudios, podemos asegurar que es un verdadero monumento levantado á la gloria del Catolicismo, monumento tan magnifico, que no conocemos otro igual entre las lenguas vivas de la culta Europa. Ni un detalle hay en *La Pasion del Redentor* que no sea perfectamente exacto: ni un tipo que no sea perfectamente histórico. Los personajes que entran en escena en el tremendo drama del Gólgota que desarrolla inimitablemente el Sr. Pallés, no son personajes fabulosos, no son creaciones del autor: son seres históricos evocados de la tumba, á quienes la pluma del Sr. Pallés reviste de nueva vida, para hacerlos pasar con todas sus virtudes, con todos sus defectos, con todo su interés dramático é histórico ante la vista del lector, que por unos momentos se cree trasladado á unos tiempos que pasaron, y á una nacion que no existe ya.

Las leyes y las costumbres hebreas, la constitucion de los tribunales de los israelitas, y los personajes que los componian; los tipos y los lugares de las escenas que en esta obra se desarrollan; los esfuerzos que hacian unos para conducir el Redentor al patíbulo, y los trabajos de los buenos para evitar tan inaudito crimen, el dulcísimo tipo del Redentor divino, siempre enamorado de los hombres, el tierno de la Virgen Madre, siempre llenos de lágrimas sus ojos, y siempre rebosando su alma el perfume de la santa conformidad; el ardientemente enamorado de Magdalena, el generoso de Márcos, de Berenice y de Claudia Prócula, esposa de Pilatos; el sagaz y malvado de Anás, el tempestuoso de Onkelos siempre dominado por la ira y los propósitos de venganza, el vanidoso del maldito Caifás, y el hinchado y necio de Eleazar; el dulce de Juan el evangelista, el decidido de Simon Pedro y de Santiago, el repugnante de Judas Iscariote y de Malco, junto con la multitud de seres ora buenos, ora malos, que intervienen en el drama sangriento del Gólgota, todo esto pasa ante los ojos del lector sin perder nunca el interés dramático, y aumentando siempre el deseo de ver el fin. Aquí las lágrimas se deslizan insensiblemente de los ojos, allí el ánimo se llena de indefinible pavor, mas allá el horror se apodera del espíritu; aquí el alma se acongoja, allí llora la Madre de Dios, allí gime y suspira el Redentor; ora es la naturaleza la que se estremece, ora es un pueblo inconstante el que grita y pide la muerte del Mesías; siempre son las pasiones las que como tormentosas olas se levantan contra el divino Nazareno, y siempre es el divino Nazareno el que con su dulzura y amor abate el turbion de las pasiones que braman contra él.

La excesiva delicadeza del autor en vista de tanto movimiento como hay en su obra, y de tanto personaje desconocido de la mayor parte de los hombres como interviene en ella, ha temido que le achacaran ese movimiento y esos personajes á creacion propia, y para evitarlo, y queriendo demostrar al mismo tiempo la gratitud que siente por el Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Valencia, á quien debe muchos favores, ha puesto el nombre glorioso del mencionado Cardenal en la primera página de *La Pasion del Redentor*, para que ese nombre le sirva de escudo contra los juicios que pudieran algunos formar acerca de la obra, achacando su accion interesantísima á la novela y no á la historia.

Esta casa editorial al ofrecer hoy al público *La Pasion del Redentor* no ha vacilado en hacer cuantiosos desembolsos, para poner la parte material á la altura de la obra, y al efecto estrenará en ella un tipo, é rá ilustrada con 24 primorosas láminas, comprendiendo estas los retratos de JESUCRISTO Y DE LA VIRGEN MARÍA, RETRATOS VERDADEROS, el uno sacado de una esmeralda en la cual hizo Tiberio grabar el busto del Redentor, y el otro de una pintura de san Lucas, que se conserva en la Catedral de Valencia. Finalmente, se dará una VISTA DE JERUSALEN Á OJO DE PÁJARO de grandes dimensiones tal como dicha ciudad se hallaba en tiempos de la Pasion, para que puedan seguir los lectores las escenas que en la obra se describen, teniendo delante dicha vista panorámica de la ciudad deicida.

Como esta casa editorial no gusta de prometer lo que no debe cumplir, remitimos el público á la obra que hoy anunciamos, para que se convenza hasta la evidencia de cuanta verdad se encierra en todo cuanto hemos dicho hasta aquí, restándonos solo añadir que **consideraremos suscritos á *La Pasion del Redentor*, á todos los suscritores de la obra *Armonías entre gozos y pesares; ó escenas tiernas de la vida de san José*, á no ser que dichos señores nos participen su deseo de no querer seguir siendo suscritores á la indudada serie de obras religioso-recreativas, que con tanto favor del público hemos empezado á dar á luz.**

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

LA PASION DEL REDENTOR constará de dos tomos en 4.º y de regulares dimensiones, que repartiremos en entregas de 8 páginas, dando ocho semanalmente, al ínfimo precio de UN CUARTILLO DE REAL, cada una en toda España. Las láminas y la *Vista de Jerusalem* que la ilustrarán, y repartirán en el transcurso de la publicacion, serán GRATIS.

Puede cualquier particular suscribirse á esta obra, así como á las demás publicaciones de la casa, dirigiéndose á D. Eusebio Riera, acompañando el importe de lo que se pida en sellos de franqueo, libranzas sobre Tesorería ú otro medio, y será atendido puntualmente. También pueden adquirirse por medio de sus corresponsales.